

¿Cómo despertar, cómo educar la experiencia espiritual?

En el supuesto de que esta pregunta nos concierna, ya para nosotros, ya para otros, sería interesante preguntarnos adónde iremos a buscar espontáneamente las posibles respuestas. Me atrevería a asegurar que son muchos los que en primer lugar correrían en busca de tal conferencista o acudirían a este curso o a aquella sesión o bien se informarían sobre la literatura especializada en la materia, libros y revistas. La palabra venida de una cátedra o debatida en carrefour, la lectura de textos didácticos o de testimonios, nos parecen los caminos de acceso naturales y privilegiados para el despertar y la profundización espiritual. Impresionante sería el cómputo de las horas, y de los días pasados en discurrir, en leer y en escuchar, por aquellos de nuestros contemporáneos que se sienten trabajados por la necesidad oscura y noble de adentrarse más en Jesucristo. Impresionante el número de conferencias espirituales que los novicios de todas las congregaciones escuchan en el curso de su formación. Impresionante el tiraje de ciertas obras sobre la oración, sobre la fe, sobre la esperanza, sobre Dios.

¿Con qué resultados? La pregunta no está formulada a modo de ironía o de escepticismo. El autor de estas líneas ha practicado abundantemente, para sí mismo y al servicio de otros, este género de actividad, y este artículo mismo, así como la revista que lo contiene no tendrían para él ningún sentido si no los estimara un tanto útiles.

Pero en fin, si la transformación efectiva de la persona hacia una conformidad cada vez más estrecha con el Hijo Unico, si la disponibilidad al trabajo incesante del Espíritu son las huellas de una experiencia cristiana auténtica, es muy necesario que nos preguntemos si empleamos los medios aptos para producir tales efectos. Examinarnos sobre nuestra satisfacción de contentarnos con sólo palabras, por apropiadas que sean, constituye una operación muy saludable.

¿Quién de nosotros se torna mejor después de haber frecuentado la iglesia durante un mes? Esto es lo que hemos de tener en vista. Pues en realidad, aun aquello que parece una buena acción es tan solo una mala acción cuando no surte su efecto. ¡Y si fuera sólo esto! Pues, en realidad, ¡es mucho peor! Decidme: ¿Qué provecho sacáis de las reuniones? Si sacarais alguna utilidad, deberíais llevar desde hace mucho tiempo una vida verdaderamente cristiana. ¡Tantos profetas os han hablado dos veces por semana, tantos apóstoles, tantos evangelistas! Todos ellos os explican las verdades de la salvación y os exponen con mucha precisión lo que podría hacer reinar el orden en vuestras vidas.¹¹

¡Mirad de qué manera oís!

Esta cita muestra que el problema es permanente. Por eso, meditando en algunos de los aspectos con que se ha presentado desde el principio, podemos presentir qué

* De *La Vie Spirituelle* N° 608, mayo-junio 1975.

¹ S. JUAN CRISOSTOMO, Homilía sobre los Hechos de los Apóstoles, citado en *Une nuée de témoins*, Cerf, Droguet-Ardant, 1974, p. 62-63.

género de corrección habría que aplicar a nuestras mentalidades y a nuestras prácticas para ponernos en el camino recto.

"*El Decir exige completarse con la respuesta del otro.*" (R. Duval). De modo semejante nos presenta el célebre texto de Isaías la palabra de Dios: "Como descienden la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar para que de simiente al sembrador y pan para comer, así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no tornará a mí vacía, sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que la envié" (Is 55, 10-11). Pero cuando esta palabra se hace carne y se nos propone a través de la vida y la voz de Jesús de Nazaret, su eficacia no está ya garantida inmediatamente. Así, vistas desde un avión, en primavera, las tierras habitadas — ¡aun las colinas de Judea! — aparecen risueñas como un jardín. Vistas desde una altura de seis pies, desde la altura de un hombre, y con la mirada atenta del agricultor que ha sembrado su campo, resaltan las disparidades: los bordes del camino, las rocosidades, los matorrales espinosos que nada responden al don de la siembra (cf. Mt 13,3).

"Mi palabra no prende en vosotros" habría de constatar Jesús al dirigirse a algunos de sus oyentes que se habían transformado muy pronto en sus adversarios (Jn 8,37). Ahora bien, estos se encontraban sobre todo entre los que "escrutaban las Escrituras" con mayor celo (Jn 5.39). Terrible comprobación: las palabras más sagradas pueden convertirse en escudo contra la Palabra. Palabras apagadas, palabras por largo tiempo remojadas en nuestra saliva y vaciadas, contra Palabra viva y nueva. Palabras demasiado sabidas, que se han tornado por demás familiares, contra Palabra que sorprende, que señala imperiosamente un camino donde, a veces, ni siquiera se lo llegar a ver. Palabras explicadas, cien veces comentadas, contra el dardo de la Palabra, que de manera inexplicable nos exige dar un paso, ejecutar un acto, empeñar nuestra vida entera. Palabras explotadas con éxito de todo tipo (en el comercio, en la vida profesional, en el ámbito del poder, etc.) contra Palabra que exige, aquí y ahora, la sangre de nuestro corazón. Para oír la Palabra, para arriesgar la libertad de darle una respuesta, es menester que ninguna palabra anterior nos haya aprisionado. ¿No será esto también la pobreza de espíritu de la primera bienaventuranza?

Suscribo plenamente la sabiduría teñida de humor que revelan estas líneas de presentación del autor de un libro reciente: "Puesto a salvo en el servicio de Cristo, tardó seis años para aprender la ciencia teológica, y otros tantos para la exégesis —que hasta llegó a enseñar—, y muchos más para liberarse de tanta ciencia"². Aprender es necesario, y para esto son útiles las palabras de todos los maestros, las obras de todos los hombres sabios. Pero en la vida espiritual, llega una hora en que el progreso no puede lograrse más que si uno aprende a desaprender. Digo bien: si uno *aprende* a desaprender, pues es este un arte que no puede faltar, sin desventaja para el hombre. Liberarse de los conocimientos, no para olvidar, sino porque, como dice San Juan de la Cruz a propósito de las palabras o de las enseñanzas recibidas en la oración, nosotros no podemos ya perder lo que ha sido adquirido y grabado en la sustancia del alma (y lo que no lo ha sido no nos servirá jamás para gran cosa) y ante la obra que nos es propuesta ahora, las complacencias, los inventarios, los análisis que guardáremos en la mente no serían más que fábrego, impedimento y obstáculo.

² M. DU BUIT, *En tous les temps Jésus Christ*. Salvador, 1974.

Liberarse de los conocimientos, no para desdeñarlos, sino para permitir al hombre nuevo, que nace tan trabajosamente en el fondo de nosotros, responder por fin a la Palabra recibida si, por gracia, no hemos dejado de escucharla con insistencia, actualidad y novedad nunca eclipsadas.

Tal vez existan dos razas de oyentes, pero es preciso que elijamos a cuál queremos pertenecer. Están, por una parte, los que se apoderan de las construcciones de la Palabra para edificar su propia ciudadela y para poner allí al abrigo, sin vivirlos ya, algunos de los sueños de su juventud. Y por otra, aquellos que se alimentan con la miel de la Palabra para estimular en ellos un apetito que de día en día les torna más desagradable todo lo que se parezca a palabras concebidas y proferidas más para satisfacción del espíritu que para preparar los caminos del corazón. Los primeros correrán de conferencia en conferencia (para darlas o para escucharlas), acumularán notas sobre notas, comprarán libros y más libros, se harán de doctrinas cada vez más impecablemente lógicas, sutiles e improductivas. Los segundos acecharán cuidadosamente en todo discurso ese instante único en que la Palabra brota de los labios de un hombre; en todo libro, seguirán el hilo tenue de esa vibración única que se escapa de un autor que tiene algo que decir. Pero, con mucha mayor frecuencia, estarán atentos a Aquel que los atrae hacia sí y los instruye (cf. Jn 6, 44-45) en la espesura silenciosa y oscura de la existencia.

Los primeros pasan tantas horas en acrecentar, saborear, repetirse y hacer valer su saber que no les queda tiempo para ponerlo en práctica, y ni siquiera se les ocurre hacerlo. Los segundos, en todo cuanto se les dice de parte del Señor, no pueden dejar de escuchar la voz de aquel que les advierte: 'Mirad de qué manera oís' (Lc 8,18), y "¿por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?" (Lc 6, 46). Entonces, los más elementales descubrimientos de la vida en el Espíritu les parecerán tareas siempre abiertas, que siempre se han de continuar o simplemente comenzar y que se ofrecen sin cesar a la juventud del alma. Y aceptarán humildemente la comprobación de que jamás llegan a término.

Un desierto que llama

"El abad Eulogio del Enaton contaba que un hermano que habitaba en las celdas, después de haber pasado veinte años dándose a la lectura día y noche, se levantó un buen día y vendió todos sus libros. Y tomando su melota partió al desierto interior. Entonces el abad Isaac lo encontró y le dijo: '¿Adónde vas, hijo?' El hermano respondió: 'Hace veinte años, Padre, que no hago otra cosa que escuchar las palabras de la Escritura; ahora quiero, por fin, poner en práctica lo que he escuchado'. El anciano, habiendo orado por él, lo dejó partir".³

Este Anciano comprendió lo que pasaba en el corazón del hermano y, como maestro avisado, lo dejó partir. Pero, ¿qué creemos que era para este monje "la obra" que había escuchado de las Escrituras? Practicar una vida según el Evangelio, una vida de ascesis y de oración, de estudio y de caridad, ¿no era eso lo que él venía cumpliendo desde hacía veinte años? Entonces, ¿qué es lo que iba a emprender? ¿A

³ *Les Sentences des Pères du désert*. Nueva compilación. Abadía de Solesmes, 1970, p. 98.

qué nueva actividad se iba a entregar? Por mi parte, no puedo entenderlo como si se tratara simplemente de redoblar el rigor de su monaquismo. No. No se trataba de añadir una obra a otra, de cambiar una ascesis por otra. Se trataba más bien de llegar al "dejar-obrar-a-Dios" como si fuera éste el quehacer supremo, de desembocar en la obediencia de todos los días de la vida, que saca de las rutinas y que liga más temiblemente a la pura e imprevisible voluntad de Dios. La "obra" que queda enteramente por hacer, aun cuando se haya leído y releído, escrutado y estudiado las Escrituras durante veinte años, es la obra que Jesús propuso al joven rico: "Vé, vende todo lo que tienes; después, ven y sígueme". Durante veinte años, este monje había creído sinceramente que ya había puesto en práctica estas palabras. Descubre repentinamente que no es así, que ellas le proponen una obra más indefinible, más decisiva, más vertiginosa. Necesita aún "vender" su monaquismo (¡Si me atrevo a expresarme así!) o la idea que se había formado de él, "vender" sus lecturas al mismo tiempo que sus libros, vender su saber acumulado, partir al desierto donde tendrá que escuchar y practicar las mismas palabras, que sin embargo van a resonar de otra manera, abrir a otra libertad y otras exigencias.

Testigos fuertes, claros, impresionantes, esos monjes que descubren súbitamente que después de haber leído y encomiado, repetido y tal vez enseñado el Evangelio, les queda aún todo el Evangelio por descubrir, el corazón de Cristo por penetrar, y toda su vida por entregarle (como si nada hubieran hecho hasta entonces!

"Un hermanito fue enviado por su abad a casa de cierto hermano que tenía un jardín en el Sinaí, para recibir algunos frutos del anciano. Y cuando llegó al jardín le dijo al hermano que era dueño del jardín: 'Padre, me ha dicho mi abad que tienes algunos frutos'. El le dijo: 'Sí, hijo mío, todo lo que quieras es tuyo; toma lo que necesitas'. El monjecito dijo: 'Padre, ¿será posible encontrar aquí la misericordia de Dios?' Al oír esto el anciano se quedó pensando, con los ojos fijos en tierra, y por fin preguntó al muchacho: '¿Qué dijiste, hijo?' El joven repitió: 'Padre, ¿será posible encontrar aquí la misericordia de Dios?' Y de nuevo, por tercera vez, repitió el hermano la misma pregunta. El dueño del jardín guardó silencio un instante sin saber qué responder, luego dijo suspirando: '¡Dios nos ayude, hijo!' Y apartándose, tomó inmediatamente su melota y se marchó al desierto, abandonando su jardín y diciendo: '¡Vayamos a buscar la misericordia de Dios! Si un muchacho me ha interrogado y no he podido responderle, ¿qué haré cuando sea interrogado por Dios?' " (*Ibid.*, p. 92).

Cuando los alcanza un relámpago de lucidez, estos monjes no corren ya instintivamente tras nuevos profesores. Se internan en la desnudez del desierto. Entiendo esto como un símbolo: ellos saben en adelante que necesitan decidirse a sacar de sí mismos la respuesta que la Palabra espera de ellos. Entendámonos: a sacarla de sí mismos, no por presunción ni pretensión de ser sus propios artífices sino porque no pueden resistir al llamado que se les hace para que se ofrezcan en verdad a ser trabajados por el Espíritu. Lo importante es poner manos a la obra. Y para esto —para ofrecerse, así como para morir—, uno está siempre solo, con la gracia, se entiende. Esta decisión íntima, este sí, que en un principio puede parecer tan solo la punta de un alfiler en medio de los estorbos que entorpecen el alma, se despliega súbitamente y aparece como un desierto sin límites. Nadie puede internarse en él en lugar nuestro. Las descripciones, los testimonios, los consejos de quienes lo atravesaron antes que nosotros, constituyen ciertamente fuerzas estimulantes y contienen indicaciones preciosas, pero en cuanto tomo la decisión a fondo, ya no me sirven de nada.

Tal vez hasta me retrasarían, apartando mi atención del paso humilde, tan difícil, tan mínimo, tan poco glorioso, que debo dar en ese momento. Como si, a semejanza de la noche ecuatorial que cae de golpe, fuese necesario que un riguroso silencio me envolviese. Como si tuviese que responder, yo, y no otro por mí, con todo mi ser y sin que nadie pueda soplarle al oído, al llamado de Aquel que acaba de arrojar sobre mis hombros el manto inmenso de su amor.

¡Y bien! ¿No podré esperar alguna palabra capaz de orientar mi marcha sin desnaturalizar el silencio de este desierto? Tal palabra sigue siendo posible. Pero no pertenece al orden del discurso general o teórico, sino a una categoría de palabras que ya no usamos, porque casi no las hay, o porque todavía no han surgido nuevamente maestros que las pronuncien.

Son las palabras que experimentaban los monjes del desierto: surgidas de la relación intuitiva que unía, en el Espíritu, al Anciano con aquellos que venían a mendigar su ayuda. Palabras como relámpagos que de una sola vez iluminaban un buen trecho del camino por recorrer, palabras como flechas que penetraban en un instante "entre las junturas del alma y del espíritu, de las articulaciones y los tuétanos" (Hb 4,12) y que movían forzosamente a la compunción y a la conversión. Pero los Ancianos sabían que tales palabras eran de gran precio para quien quería escucharlas y para quien debía entregarlas, nada menos que el precio de un corazón puro. Ellos no las repartían a tontas y a locas. Y tampoco disponían de ellas a su gusto.

Un hermano vino donde el abad Teodoro de Phermé y durante tres días le suplicó que le dijera una palabra, pero Teodoro no le respondió y el hermano se fue muy triste. El discípulo de Teodoro le dijo entonces: '¿Padre, por qué no le has dicho nada? Se va muy triste'. 'Créeme, le respondió el Anciano: No le he dicho nada, porque es un traficante que quiere gloriarse con las palabras de los demás.'⁴

"Algunos hermanos fueron donde el abad Félix en compañía de seculares, y le pidieron que les dijera una palabra. El anciano callaba. Repitieron varias veces el pedido. Finalmente les dijo: '¿Deseáis escuchar una palabra?' 'Sí, Padre', respondieron ellos. El anciano les replicó: 'Ahora, ya no hay palabras. En otro tiempo, cuando los hermanos interrogaban a los ancianos y hacían lo que estos les decían, Dios inspiraba a los ancianos la manera de hablar. Ahora, como preguntan y no ponen en práctica lo que se les dice, Dios ha retirado a los ancianos la gracia de la palabra y no saben ya qué decir porque no hay quien lo cumpla'. Al oír estas palabras los hermanos rompieron a llorar y dijeron: 'Padre, ruega por nosotros' ". (Ibid., p. 42).

La práctica de la Palabra

El apotegma que acabamos de leer comporta una enseñanza significativa. Allí donde la práctica de la Palabra desaparece, la Palabra se retira de los labios, los corazones y las comunidades. Esto no entraña el cese de discursos y de textos: tal vez, por el contrario, proliferen cada vez más. Pero la Palabra que interpela y que conduce, que alimenta y que ilumina no los habita ya. El peso del papel impreso puede contener un peso igual de verdad objetiva, pero esta no produce nada, no libera a nadie, nadie puede asimilarla.

⁴ *Les Sentences des Pères du désert*. Abadía de Solesmes, 1966, p. 177.

Así, la salud espiritual depende de la justa relación que se establece entre lo que se dice, se lee o se escucha y la transformación efectiva de nuestro espíritu, de nuestro corazón y de nuestros actos hacia la liberación evangélica. Esta regulación es un arte delicado, que tendría que ser objeto de una atenta vigilancia por parte de quien quiere ser fiel al Verbo de verdad y al Espíritu de santidad. Presenta varios aspectos.

El más evidente es el acuerdo que debemos establecer entre las palabras que *recibimos* (no las que escuchamos solamente, sino aquellas a las que otorgamos fuerza de autoridad sobre nosotros, valor de referencia) y lo que ellas implican de compromiso y de práctica en la realidad. Decir y no obrar, dejar decir y dejar caer, es el mecanismo fatal que hace entrar en el círculo de la mentira y de la hipocresía o en el pantano de las palabras que nada significan. Para escapar a este lazo parece haber dos soluciones lógicas. O bien elevar los actos a la altura de las convicciones que uno afirma. O bien no decir tanto para no tener que obrar por encima de sus posibilidades reales. Esta suerte de dilema no es fácil de resolver porque, tanto en un caso como en el otro, se corren riesgos flagrantes de caer en una nueva hipocresía. En el primero, por la exaltación voluntaria de su ideal y al precio de conflictos íntimos que denotan una nueva mentira respecto de sí y que son poco compatibles con los frutos del Espíritu. En el segundo, por dimisión o cobardía, desde que el conocimiento propio y la reducción a los propios límites van acompañados de complacencia para con la pusilanimidad, la pereza, el gusto por el confort y la facilidad. Ahora bien, llama mucho la atención que Jesús apremie a sus discípulos a sacar este dilema a plena luz, cuando, en el sermón de la montaña, les presenta como ley de libertad, palabras tan arduas que parecería necesario, o bien venerarlas, predicarlas y celebrarlas —sin practicarlas— o bien olvidarlas apenas oídas, enervarlas por medio de comentarios blandos: en resumen, tornar inoperante este llamado de Jesús.

¿Se ha subrayado suficientemente que el Evangelio tiene cuanto hace falta para llevar a una cierta desesperación a quien lo toma en serio? ¡Ofrecer el Reino a cuanto pecador llega y enseguida imponerle la obligación de ser perfecto como su Padre celestial! Yo creo que es pueril y vano ese esfuerzo tan frecuente por probar que todo ello es fácilmente conciliable, aunque se intente hacerlo recordando que es el Espíritu de Jesús quien dará al discípulo la gracia y la fuerza de cumplir la divina perfección que se le exige. Los que desarrollan con brío esta verdad —que no se discute— ¡ay! no hacen más que hablar, y envolver en el ropaje de su saber una impotencia que, generalmente, resulta muy visible en su propia vida así como en la de sus oyentes, que con tanta facilidad se tranquilizan.

La verdad que cada uno y cada generación descubre pero que muy pocos se atreven a señalar es que, para dejar por fin obrar en sí al Espíritu de Jesús, es menester llegar a desesperar de poder practicar el Evangelio. Parece más sencillo, hoy, a muchos, o bien hacer un ataque a fondo en materia de heroísmo evangélico (exaltar la reconciliación universal, el amor sin límites entre todos los hombres y la defensa de todos los oprimidos, la pobreza integral y el compartir ilimitado, la virginidad perfecta y la castidad conyugal sin sombra de infidelidad, la oración perpetua, etc.), o bien, manejar el Evangelio a la ligera para no encontrar allí sino lo que todavía se tiene ganas de practicar. Pero, ¿y si, por acaso, lo que precisamente habría que hacer fuese ni elegir una cosa en detrimento de otra ni conciliarlas sin más? ¿Si fuera verdaderamente necesario que antes perdiéramos toda esperanza de comprender y de poder

realizar lo que Dios quiere de nosotros, sin que esa desesperación nos hiciese renegar un ápice de lo que está escrito, ni arrojar el velo de una sola negación o de una sola justificación sobre lo que practicamos o sobre lo que no practicamos realmente? Y sobre todo, ¿si fuere menester que no quisiéramos eludir tal desesperación? *¿Si precisamente esa desesperación fuera el camino?* ¿Si fuera ella la única y benéfica salida para evitar la hipocresía que acecha hasta el fin de los tiempos a los discípulos de la Palabra que salió del Padre? ¿Si fuera la angostura en la cual el arte del Pastor quiere acorralarnos a todos? Parece ésta, al principio, un callejón sin salida, tanto que muchos tratan de escapar por aquí o por allá, mas repentinamente se revela como pasaje hacia el Reino, para quien no tiene otra pasión que la verdad con Jesús.

Cuando hablo de desesperación no me refiero a nada que pudiera asemejarse a un sentimiento romántico, nada que provoque necesariamente alguna depresión psíquica (si bien toda la Tradición atestigua que puede ir acompañada de lágrimas que brotan desde lo más hondo del ser). Tal vez sea simplemente una palabra poco usual para designar lo que Jesús llamaba cruz, con la que sus discípulos debían cargar, y que es algo muy diferente de la suma de los fracasos y disgustos de la existencia. Es todo lo que nos acorrala en una situación donde el máximo de fidelidad a la Palabra se anuda de modo inexplicable e inextricable con la máxima adhesión a una realidad que es lo que es, en nosotros y a nuestro alrededor. Donde el máximo de decisión para obrar la verdad, dentro de los pobres medios con que contamos y en las situaciones críticas en que nos encontramos, se anuda con el máximo de confianza y de paz en Aquel que saca el bien del mal, la luz de las tinieblas, la salvación del pecado.

Las grandes salvaciones siempre se realizan con la fuerza y el favor de la desesperación. ¿Acaso no llevó Yahvé a su pueblo al borde de la desesperación cuando, apenas salido de Egipto se encontró frente a la barrera infranqueable del mar mientras que el ejército de Faraón le pisaba los talones? Es esta una ley de la salvación bíblica, y los primeros creyentes de la mañana de Pascua son supervivientes de la catástrofe de la desesperación. Puede ser que sea una ley general de toda verdadera transformación espiritual: ¿no es cierto que el mismo Buda, por haberse quedado inmóvil en la evidente desesperación por encontrar una respuesta a su pregunta después de haber agotado las doctrinas y las ascesis, encontró la iluminación? Feliz quien, llevado por el Espíritu a una desesperación de esta clase, no se deshace en lástima de sí mismo, en recriminaciones contra los demás, en murmuraciones contra Dios, ni abandona la lucha para buscar derivaciones por otro lado, sino que se mantiene firme y entonces permite, que allí y no en otra parte, le sea dada una salida.

Para él, poner en práctica la Palabra comenzará a significar ahora algo bastante diferente. No ya la conformidad voluntaria de una conducta a una regla, con recurso al esfuerzo moral y a la sutil vanidad que acompaña al dominio del Yo sobre los propios actos, sino ante todo, la renuncia radical a ese Yo que pretende devenir perfecto como el Padre celestial, y cumplir toda verdad, y alcanzar la justicia, y adquirir "su salvación". Poner en práctica la Palabra querrá decir, entonces, dejarse transformar para ella en un lugar de fuente, dejarse conducir por ella hacia ese hombre nuevo, creado por Dios, desde antes de la creación del mundo pero en vistas de la resurrección con Jesús, según la santidad de la verdad, y del cual conocemos sólo caricaturas mientras no se consolide en nuestro interior. Querrá decir también dejar a la Palabra la posibilidad de que nos entregue todas las energías contenidas en la

Buena Noticia que ella anuncia, sin interrumpirla, como lo hacemos todos, ya por consentimientos intempestivos de un espíritu pronto, que no obstante, escucha a medias, ya por los conmovedores impulsos de un alma bien intencionada pero que no ha realizado todavía lo que se esperaba de ella. Poner en práctica la Palabra querrá decir ponerse por entero (incluso con su cuerpo) en vela y en acto, de tal manera que podamos dejarle tiempo a Dios para que nos diga que solo El nos crea, nos salva, nos perfecciona, nos ama, y cuando nos lo haya dicho, darle por fin la oportunidad de realizar lo que dice. ¡Pues es todo cuanto espera de nosotros!

Sólo a esta luz ha de entenderse el apotegma siguiente:

“El abad Lot se llegó a lo del abad José y le dijo: ‘Padre, me ha hecho una pequeña regla proporcionada a mis fuerzas; un pequeño ayuno; una pequeña oración; una pequeña meditación y un corto reposo. Y me aplico como puedo a liberarme de mis pensamientos. ¿Qué me queda aún por hacer?’ El anciano se levantó, tendió las manos hacia el cielo, y entonces sus dedos se convirtieron en otras tantas llamas de fuego. Dijo al abad Lot: ‘Si tú lo quieres, puedes transformarte en una llama’”. (*Ibid.* p. 185).

Este “si tú lo quieres” encierra todo el enigma, el cual tiene un sentido tan inédito, desconcertante y misterioso que las palabras y los libros por sí solos apenas si pueden iniciar en él. Quien lo entendiera de un Yo que puede fijarse a sí mismo el objeto de sus ambiciones, erraría lamentablemente. Pero también la pseudo-sabiduría del abad Lot, su mediocridad circunspecta, no es otra cosa que la ejecución de un proyecto de ese mismo Yo. Para arder con el fuego que Jesús trajo a la tierra es necesario pasar por su bautismo (cf. Lc 12,49-50), es preciso *querer* que El sea para nosotros Maestro, Salvador, Luz, Amigo, Dador del Espíritu. Pero para querer esto es necesario querer *no querer* fabricarse maestros para complacer los propios deseos, querer no querer salvarse por sí mismo, querer no querer engalanarme con el rayito de luz que se vislumbra, querer no querer amar solamente a quienes nos aman, querer no querer atesorar el Espíritu a medida que lo vamos recibiendo. ¡Y aun esta manera extravagante de expresarse es criticable y defectuosa! Si el abad Lot pudo captar algo de la actitud que el abad José quería enseñarle, no fue por causa de su frase ‘Si tú lo quieres puedes transformarte en una llama’ —porque ¿de qué especie es este querer, de qué clase esta transformación, de qué naturaleza este fuego?— sino porque el abad José, compadecido, se irguió de repente ante él para comunicarle lo que él mismo vivía y se ofreció simplemente a ser visto en la pureza de un gesto en el que todo era manifiesto para quien estuviera dispuesto a comprender. Esta transmisión se realiza fuera de todo discurso y de toda escritura (aunque después se escriban textos que nos describan el hecho). De santificado en santificado se remonta hasta el mismo Jesús, hasta esos gestos que él hacía a fin de que sus discípulos vieran su gloria, en Caná, en el Tabor o en el Gólgota. Su gloria: es decir el modo cómo “se realizaba” como Hijo, la manera cómo vivía con una humanidad plena, en total desposeimiento de sí, para que el Padre fuera conocido y tocado y amado a través de él.

El reconocimiento

“*El Decir es siempre necesariamente la búsqueda de un reconocimiento*” observa R. Duval. Es evidente que Jesús hizo cuanto era necesario para hacerse “reconocer” como Enviado del Padre, como Hijo. Porque no puede ser Salvador, no puede expre-

sar libremente la compasión y el amor que lo consumen, no puede iluminar con la Verdad que es él, si previamente no se lo reconoce. "Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice 'dame de beber', tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva" (Jn 4,10). "Vosotros no queréis venir a mí para tener la vida eterna" (Jn 5,40).

Debió desbaratar, sin embargo, los lazos que le tendía un falso reconocimiento, lazos que pueden amenazar a todo maestro de vida. Cuando lo aclamaban como a rey o lo señalaban como a mesías según los deseos de la gente, Cristo huía. ¡Cuántos maestros espirituales son escuchados, seguidos, hasta adulados por admiradores que no los han entendido verdaderamente ni comprendido y mucho menos han practicado los caminos cuyas descripciones teóricas no se cansan de paladear!

Es por este motivo que Jesús se preocupaba por los progresos que sus discípulos más cercanos hacían en el modo de reconocerle "¿Quién decís vosotros que soy yo?" Espera la respuesta. Es esencial al éxito de su misión. Sin embargo, no puede sugerirla. No puede tampoco diferirla indefinidamente. Como en cada acto y en cada instante de su vida, Jesús puede dirigirse sólo a su Padre, confiando en que éste la hará surgir. Y sólo cuando la respuesta brota de la boca de Pedro sin habérsela él dictado, Jesús la reconoce como venida directamente del Padre porque en ella se reconoce reconocido por sus discípulos. Entonces también sabe que ha entrado definitivamente como Palabra en el universo humano. En adelante, todo lo que se dirá de él o a partir de él podrá devenir "espíritu y vida" (Jn 6,63) cada vez que se cumpla de nuevo ese misterio de reconocimiento, cada vez que algunos hombres, después de haberlo reconocido en su gesto y en su palabra, se tornen aptos para propagar ese mismo reconocimiento.

Tal es el misterio de la Iglesia y la razón de ser de cuanto se dice, se lee, se escucha de tantas maneras entre sus miembros y en sus asambleas. Ciertos días, sin embargo, estaríamos inclinados a pensar, con pesimismo, que tal misterio funciona muy mal actualmente. Pues ¿qué se constata en la Iglesia de nuestro tiempo? Por una parte, circulan muchos discursos pero pocas son las palabras verdaderas que se manifiestan realmente capaces de transformar a los creyentes en los auténticos discípulos que deberían ser. Por otra parte, en sus graneros se hallan acumulados inmensos tesoros de espiritualidad que, sin embargo, permanece ignorados e improductivos.⁵

Pero la renovación no proviene ni del engendramiento de unas palabras por otras, ni de la simple exhumación de los textos. Germina en todo discípulo que, gracias a ciertas palabras o sin ellas, alimentado con ciertos textos o en la ignorancia de los mismos, reproduce gestos que son los gestos mismos de la Palabra, la práctica reavivada de la Palabra, la respuesta justa a la Palabra, y, a través de esos gestos, impulsa nuevamente el curso de la Palabra y permite que Aquel que es la Palabra se haga reconocer.

⁵ Un anciano decía: "Los profetas escribieron libros; nuestros padres vinieron después de ellos y trabajaron mucho sobre estos libros; después sus sucesores los aprendieron de memoria. Vino finalmente una generación, la que existe actualmente; ella escribió todo esto en papeles y pergaminos y lo ha dejado inutilizado en los armarios" (*Ibid.*, p. 165).